

FINALISTA ESTATAL



SIN TÍTULO

Rubén Velasco Jiménez
IES Puerta de Cuartos (Castilla – La mancha)

Como gran cazatesoros que soy, había oído la historia de La Pintora y su gran lupa de oro. Cuenta la leyenda que esa lupa busca a las personas más benévolas del mundo para arrebatarles su personalidad, convirtiéndolas en monstruos sin compasión hacia nada. Pero la lupa necesita un dueño. Y ese dueño ahora es La Pintora, una antigua diosa griega que escapó del Olimpo para castigar a los mortales convirtiéndoles en cuadros por el simple hecho de no ser perfectos. Pero ahora con la lupa les podría convertir en perfectos seres malvados.

Yo no creía en esa historia, hasta que leí una noticia por Internet. Según contaba esa noticia una mujer alta y delgada con un vestido blanco que llegaba al suelo fue descubierta junto a un hombre al que tuvieron que llevar directamente al manicomio, ya que estaba completamente loco y solo quería matar y destruir. La policía siguió a la mujer pero solo quedaron unos cuantos cuadros antes de que desapareciera. La noticia venía desde Grecia, por lo que cogí el primer vuelo hacia allí para ver qué pistas podía encontrar y así poder arrebatarle la lupa a La Pintora antes de que hubiese más víctimas.

El viaje fue largo y agotador. Llegué al hotel con solo ganas de dormir. La chica que me atendió en el hotel me comprendió y, muy amablemente, me dio las llaves de mi habitación. Esa chica me cayó bien. Al día siguiente, al despertarme, me preparé para ir en busca de algo de información. Pero había una sorpresa esperándome. A la chica de ayer se la tuvieron que llevar a un manicomio; según contaba la policía, se había vuelto loca. Pregunté si el guardia de noche podría hablar conmigo para que me contase lo que vio, pero me dijeron que solo encontraron un cuadro en el que salía el guardia. Todo encajaba. Una chica amable convertida en un monstruo, un guardia convertido en un cuadro...

Me decidí por visitar a las dos víctimas. Sin razón alguna, los dos querían verme muerto, me atacaron. Los tuvieron que atar a la cama para que pudiera hablar con ellos, pero se negaban a decir una palabra. En las paredes de las habitaciones había algo escrito, pero era un idioma muy raro. Tuve que contactar con un viejo amigo con el que formé pareja para buscar el tesoro perdido de Tutankamón. Era un experto en

antiguas civilizaciones y sus lenguajes. Le mandé una carta en la que estaba escrito el extraño mensaje. Yo, por mi parte, continué con la investigación, ya que se había encontrado otro ataque. Pero esta vez había sido en Australia. ¿Australia? ¿Para qué se hubiese querido ir a Australia? ¿A lo mejor sabía que la estaba siguiendo? Decidí ir allí, pero justo cuando iba a partir me llegó un mensaje por el móvil. Era mi amigo, al que le pedí que me tradujera el mensaje. Decía esto: “Este es el mensaje que me enviaste: Cuídate La Pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble”. –Hasta el momento nada nuevo, pero el mensaje seguía. –“He buscado en mis libros y consultado a otros investigadores. Al final he deducido que para conseguir la lupa tendrás que matar a su dueño y que el punto débil de La Pintora es el pecho. Pero no cualquier arma vale. Necesitarás un cuchillo hecho a mano, forjado de oro puro”.

Por muy poco pierdo el viaje a Australia. Ya lo entiendo. No quiere huir de mí. No quiere hacer más ataques de momento...Lo que quiere es destruir una de las minas de oro puro más grandes del mundo, que está en Australia. Justamente de esa misma proviene el oro del cuchillo que me regaló mi padre antes de que muriera en una de sus investigaciones.

Tuve que recorrer medio desierto hasta llegar a las minas. Allí esperaré hasta que la luna apareciera, que es cuando se han registrado los ataques. Se hizo de noche. Cuando estaba a punto de caer dormido vi una figura alta. Era una mujer. Llevaba un vestido largo. Estaba seguro de que era ella. Yo decidí esconderme tras unas piedras, pero me vio. Rápida como un rayo se acercó a mí. Me cogió del cuello y me miró a los ojos. Sentía cómo su fría mirada se metía dentro de mí. Pero en ese justo momento en el que iba a morir recordé a mi padre y con él la daga. La desempuñé. Estaba fría como el hielo, pero más fría era la mano de la diosa griega. Con mi último suspiro se la clavé en el pecho. Ella cayó al suelo de golpe. La dejé allí y me llevé la lupa. Cuando volví a mi hogar, todos me recibieron como a un héroe. La lupa la doné al museo de mi ciudad. Para ellos no significaba mucho, pero para mí, era leyenda, los viajes y sobre todo la daga de mi padre.